



COEDUCACIÓN Y CONTROL SOCIAL EN LA ESPAÑA DE LA POSGUERRA

ELOY TERRÓN ABAD (*)

RESUMEN. La supresión de la coeducación en la escuela en la etapa franquista, como elemento de control social; las limitaciones que supuso para la formación de niños y jóvenes; la influencia en los estilos de vida de los españoles de aquellos años; la incidencia de las posturas de la iglesia y, en general, los inconvenientes producidos por las «prohibiciones» de diferentes tipos para la educación, son estudiados por E. Terrón, quien ofrece estas reflexiones, desde su conocimiento y experiencia, como una aportación interesante al pasado de la enseñanza y de la escuela en España.

La prohibición de la coeducación, así como la separación de la población por sexos en diversas actividades sociales, que se dio en España, con extraordinario rigor, en los años cuarenta y cincuenta, constituyó un mecanismo más de represión social y de control de las conciencias. Es evidente que la separación de la población por sexos desde la primera infancia, la etapa de preescolar o los comienzos de la enseñanza primaria, tiende a aumentar el sentimiento de pecaminosidad, que encierra toda relación, del tipo que sea, entre niño y niña, muchacho y muchacha, hombre y mujer, siempre desde el punto de vista de la moral católica¹. La simple conciencia de separación, por su falta de motivación e irracionalidad, fomenta la búsqueda de

motivos adicionales y estimula en ambos sexos la intriga y la exaltación de lo prohibido. La diferencia de sexo, que de otro modo, podía pasar prácticamente desapercibida hasta ya avanzada la adolescencia, se impone a las conciencias acrecentada por la malicia y el intento de descubrir la pecaminosidad implicada por dicha separación.

La creación de falsos mecanismos de tensión y angustia en la masa trabajadora facilita el control de las conciencias, pues la insistente y avasalladora amenaza de pecado (y las consiguientes penas infernales) obliga a la gente a refugiarse en busca de ayuda y protección en los portavoces y representantes de las divinidades para obtener la remisión en los portavoces y re-

(*) Universidad Complutense de Madrid. El profesor Terrón, ya jubilado, ejerció su docencia en la Facultad de Filosofía. Durante el régimen franquista fue apartado de la docencia y repuesto con la llegada de la democracia. Es autor de numerosas monografías.

(1) Tengamos presente el refrán de tinte católico: «Entre santa y santo, pared de cal y canto».

presentantes de las divinidades para obtener la remisión de sus pecados y librarse de las terribles penas eternas. En este caso el peligro de pecar se acentúa por caer en pecado con sólo pensar o por el mero hecho de deleitarse, solazarse con la imaginación; éste es precisamente el motivo de la prohibición de tratarse, de relacionarse: obligar a la gente a bordear inevitable y constantemente el pecado. Es inevitable que los niños y las niñas, los muchachos y las muchachas, los jóvenes y las jóvenes piensen en algo relacionado con el sexo bajo la presión social de la prohibición de relacionarse y la estimulación fisiológica desde antes ya de la pubertad.

Para entender mejor la prohibición de la coeducación es necesario esbozar aquí su marco social ya que da sentido al análisis; en primer lugar, dada la importancia y el significado de la convivencia entre niños y niñas para su socialización y la formación de una personalidad sana; y en segundo lugar, por las causas y motivaciones sociales que han motivado la prohibición de la coeducación en nuestro país y los objetivos perseguidos por la clase dominante mediante ésta.

LAS RELACIONES SOCIALES EN LA FORMACIÓN DE LA PERSONALIDAD DEL NIÑO

Como es bien sabido, los niños nacen inermes y carentes de la capacidad suficiente para responder a los estímulos del medio y adaptarse a él, excepto el reflejo incondicionado de succionar y deglutir. En los primeros meses, todo niño parece un simple estómago que mama, defeca, duerme y llora. La carencia de reflejos incondicionados para adaptarse al medio, al contrario de las crías de la mayoría de las especies animales, constituye una ventaja evolutiva extraordinaria, ya que el niño está destinado a adaptarse a un medio enormemente complejo y variable; el medio creado por los hombres en la naturaleza, el medio hu-

mano. Un medio humano (ciudades, transportes, vestidos, tecnología, normas sociales, cultura espiritual, ciencia, religiones, etc.), creado por los hombres, cambia con tanta rapidez que todos conocemos las dificultades de algunos adultos para adaptarse a él, ya que exige pautas de conducta en constante renovación. Pero, aunque el niño es acogido y cuidadosamente protegido por el medio creado por los hombres, no podría sobrevivir sin el cuidado constante de los padres (o de quienes acupen su lugar) durante años. Este largo período de tiempo y, sobre todo, los primeros años, en que la dependencia del niño es total, los adultos *reprimen* con sus cuidados y regularidades toda espontaneidad instintiva en él, sustituyendo sus respuestas «espontáneas» (a los estímulos del medio) por respuestas nuevas, elaboradas por el grupo social. La interiorización *lenta* de las respuestas elaboradas socialmente (lenguaje, normas de comportamiento, para consigo mismo y para con los demás) implica la socialización inicial y básica, asentar los fundamentos de la personalidad del niño.

Esta fase del desarrollo del niño es determinante para su futuro, para su adaptación a los elementos más sobresalientes del medio humano y, en especial, para la adaptación a las personas, constituyente principal del medio humano. A lo largo del desarrollo del nuevo miembro y hasta su conversión en adulto, la criatura humana siempre depende de adultos y de la relación de mutua interacción con adultos o con otros niños. Esta dependencia e interacción, tan intensas durante los primeros años (y que en algunos individuos pueden durar toda la vida) acunan, modelan la personalidad del niño, la crean, la preparan y equipan al nuevo individuo humano con una serie de respuestas que le serán necesarias cuando, ya adulto, se inserte en la actividad productiva. Ahora bien, durante este decisivo proceso formativo el niño percibe toda realidad a través, en primer

lugar y fundamentalmente, de los adultos, y en segundo lugar, de los otros niños, aunque suele haber una fase en la que las relaciones con los amigos son influyentes.

Conviene insistir en la función determinante de las relaciones personales en esta primera etapa de plena dependencia del niño ante los adultos, porque, si las necesidades del niño son satisfechas siempre con afecto y amor por los adultos encargados de su cuidado, el niño experimentará, sentirá satisfacción, confianza y seguridad ante las personas que le rodean, y pronto sentirá agrado ante su simple presencia, que enseguida se tornará en simpatía, y más tarde en afecto, en cariño, en amor. Precisamente, el niño aprenderá a amar a los demás a través del amor que le muestran. A través de dicho proceso el niño adquiere confianza en los adultos, se siente seguro a su lado, escucha y acepta voluntariamente lo que le dicen y asimila con facilidad la experiencia humana que le transmiten: el niño aprende a creer en quienes le demuestran, le manifiestan amor.

A poco que se medite, a nadie se le escapará la inmensa importancia de la confianza y afecto del niño hacia los que le rodean, porque el desarrollo de su personalidad y el establecimiento de pautas de conducta adaptables y estables dependen del agrado y de la buena aceptación ante la experiencia que le transmiten los adultos de su entorno y, posteriormente, los compañeros escolares. Una buena predisposición hacia los demás, nacida de la confianza y del afecto, es absolutamente decisiva para la buena asimilación de la experiencia humana, sin la cual es imposible el desarrollo intelectual del niño. Unas relaciones sociales y personales satisfactorias son capitales para el desarrollo del niño; el retraso en hablar, simplemente, es una manifestación de la existencia de alguna perturbación en los cauces de experiencia hacia el niño, que son sus padres o los adultos que hacen las veces de tales. Si el

niño por desconfianza, por desagrado se ciega estos cauces de experiencia, si no desarrolla agrado, simpatía y más tarde sereno afecto hacia los adultos de los que depende, durante toda la vida sufrirá las consecuencias. Por lo pronto experimentaría dificultades, a veces graves, para entablar relaciones personales; ofrecerá resistencia a conocer a nuevas personas; se mostrará tímido y cohibido ante desconocidos; no será capaz de hablar con el compañero desconocido de autocar, de tren o de avión aunque pese varias horas a su lado; se mostrará retraído.

Mientras, el niño cuidado afectuosamente, con verdadero amor, se sentirá confiado y abierto ante las personas desconocidas, y se caracterizará por una cierta extroversión; siempre dispuesto a entablar nuevas amistades, pudiendo llegar a ser un poco superficial (un peligro que hay que correr); por otra parte tenemos a los niños cuidados por profesionales, posiblemente bien alimentados y vestidos, pero sin afecto individual, o que han sido aislados en el hogar familiar y frecuentemente rechazados; niños que no han aprendido a querer como respuesta a ser queridos, a ver satisfechas sus necesidades con amor; estos desarrollarán una clara desconfianza hacia los adultos de que dependen mostrando una manifiesta propensión al aislamiento, a encubrir sus sentimientos e intenciones, a rumiar en soledad sus vivencias y dificultades, sin recurrir a la comprensión, consejo o ayuda de los demás. Son estos los niños introvertidos, tímidos, desconfiados. Su desarrollo intelectual será lento y dificultoso; como es lógico mostrarán una gran pobreza en sus sentimientos, y de entre ellos se dan esas personas propensas a poner su afecto en animales y cosas, con preferencia a personas; estas personas pueden inclinarse también al pesimismo e insolidaridad social; otra característica de estos niños es el aferramiento casi morboso a algún amigo en quien ha depositado su confianza.

Ahora bien, en cuanto el núcleo central y determinante del medio humano son los otros hombres y, naturalmente, también los niños; las relaciones humanas sociales constituyen la trama y la urdimbre del desarrollo de la vida humana, dado que son los hombres, y los otros niños, los mediadores entre el niño y la realidad, y a través de sus relaciones con ellos llega al niño toda la experiencia, el conocimiento y la información, está en el orden de los hechos, que todo lo que el niño recibe por este medio esté coloreado por el afecto que le inspiren las personas, esto es, por el afecto que sientan hacia ellas. Es más, *no pueden existir relaciones personales reiteradas y estables sin generar afecto*, sin que den lugar a formas de sentimiento por ambas partes. El afecto y sentimientos así generados tienen un valor capital para la existencia de los grupos sociales, son la argamasa de las relaciones humanas, y a la vez constituyen el motor de la actividad de los individuos, al resultar el germen y núcleo central de la vinculación del niño a la familia y a los grupos sociales con los que vaya entrando en relación y en consecuencia constituyen el germen de voluntad, la constancia y todo sacrificio a favor de los demás. Tales sentimientos y afecto suponen el apoyo fundamental del individuo para la consecución de todo objetivo, de toda meta de largo alcance, de todo propósito social e individual. Todos sabemos muy bien que la racionalidad surge en el niño como hilo muy tenue y débil, inapto e incapaz para guiar su conducta, ya que ni el niño ni el muchacho pueden confiar sus vidas a algo tan falible como su capacidad de razonar; el verdadero sustituto de la razón durante los años de la niñez y adolescencia es el afecto y los sentimientos. Comprobamos a diario que, incluso los adultos toman sus decisiones importantes más movidos por el afecto y los sentimientos que por un análisis racional y sereno de los hechos. Por esta causa resulta importante y decisivo el desarrollo de

los sentimientos en el niño; desarrollo para el cual se halla excelentemente preparado y las condiciones óptimas, debido al largo período de dependencia de los adultos y en las condiciones sociales que propician la estabilidad de las relaciones personales, como así demuestran la familia, el barrio, la aldea, la escuela, la iglesia, las diversiones, las fiestas populares, etc.

VENTAJAS DE LA COEDUCACIÓN PARA EL DESARROLLO EMOCIONAL E INTELECTUAL DEL NIÑO

De la esquemática introducción a la formación de la personalidad del niño, a su socialización, se puede inferir el valioso papel que puede desempeñar la convivencia de niños y niñas en la escuela, en los juegos, en las excursiones, etc., para el desarrollo de sus respectivas personalidades. (Creo innecesario advertir que hablo del *niño* como un concepto genérico para referirme a niños y niñas, ya que nuestra lengua no tiene un término neutro que abarque ambos sexos, como sucede con la palabra alemana *das Kind*, plural *die Kinder*).

En primer lugar, parece absurdo el hecho de que niños y niñas, muchachos y muchachas formen sus personalidades por separado, como si se tratara de dos géneros o clases enemigas, cuando la realidad es que están destinados a vivir juntos, tan juntos, que Jehová hace decir a Adán: «Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne». En las sociedades modernas las mujeres y los hombres no sólo están destinados a formar parejas unidas en matrimonio, sino que se ven forzados a trabajar, a cooperar, a colaborar y a pasar muchas horas juntos al año. ¿Pero cómo se puede vivir juntos y cooperar satisfactoriamente si se forman por separado?

No cabe duda de que, si en la formación de los niños, intervinieran las niñas y recíprocamente, las posibilidades de cooperación serían mucho mayores, y la

colaboración sería más eficaz, pues las relaciones entre ambos serían más estables. Testimonio exagerado de esta disfunción es el axioma del nacional-catolicismo: «Entre santa y santo, pared de cal y canto», y cuya versión semiculta es que no puede existir amistad entre hombre y mujer, ya que tarde o temprano la amistad desembocará en flirteo, en coqueteo y finalmente en amor. Esta concepción pesimista y deplorable de las relaciones hombre-mujer es consecuencia de la formación por separado de niñas y niños, de la falta de mutuo modelamiento en la etapa de máxima plasticidad.

Se evitará llegar a tan lastimosa situación si desde el inicio de la actividad escolar, a los tres o cuatro años, los niños y las niñas empezaran a convivir: estudiar, jugar, ir juntos por la calle; estar juntos durante unas cinco horas diarias con un propósito común: formarse intelectual y emocionalmente; de este modo se generan unas relaciones personales recíprocas, sanas y estables. Los niños ven en las niñas, y recíprocamente, compañeros de estudio, de juegos, etc., sin diferencias sobresalientes entre unos y otros. Si no se tiene una mente retorcida o se es un freudiano al pie de la letra, no parece concebible la existencia de pretensiones o insinuaciones sexuales, tanto de parte de los niños, como de parte de las niñas; lo contrario supone corroborar la perversidad innata de nuestra especie y los datos e información de que actualmente disponemos no apoya semejante suposición, sino que nos permite explicar la raíz y propósitos de semejante concepción: si la perversidad constituye la condición originaria del hombre quedan justificadas todas las medidas represivas dirigidas a combatir tal perversidad y eliminarla, quedando fundamentadas y legitimadas las instituciones e individuos erigidos en autoridad y mantenedores del orden social.

Parece conveniente insistir en el valor formativo de la convivencia entre niños y niñas. No se puede infravalorar la impor-

tancia y la significación de las relaciones entre niñas y niños, muchachos y muchachas desde la llegada a la escuela; por encima de todo, esta prolongada convivencia con propósitos comunes, les enseña a considerarse como compañeros, como iguales, a no verse como objetos para satisfacer determinados deseos. Colabora también esta convivencia a moldear y a uniformizar las respectivas sensibilidades; que las niñas no sean vigorosamente femeninas, morbosamente débiles y los niños no desarrollen tendencias impetuosas y violentas a fin de aparecer ante ellas más varoniles, más machistas. Es conveniente que los niños no se avergüencen de manifestar sus sentimientos y una sensibilidad delicada y educada. Como todos los profesores saben —especialmente, los que hayan presenciado la introducción de la coeducación en estos últimos años en la segunda etapa de EGB—; estos profesores habrán podido comprobar que niños y niñas no sabían tratarse, y, especialmente, los niños creían que eran más apreciados y admirados, cuanto más impetuosos y violentos aparecían ante aquéllos. Y lo más grave aún era, como todo profesor habrá observado, que las niñas sentían admiración por los niños que se comportaban de tal manera, lo que demuestra hasta qué punto está deformada nuestra educación, pues esto ocurre incluso en los primeros cursos, en que las niñas suelen además quejarse de los brutos que son los niños.

Evidentemente no puede establecerse la coeducación sin un cambio de mentalidad del propio profesorado ni su colaboración activa. Sólo la intervención del profesorado puede contribuir a depurar las relaciones entre niños y niñas de los aspectos perturbadores a fin de establecerlas sobre bases normales, estables y sanas. En manos de los profesores está la capacidad para explicar las raíces y motivaciones del comportamiento, poner de relieve los factores deformadores, el individualismo, el afán de competir, el deseo de sobresalir y acaparar la atención de los demás.

Sin lugar a dudas, los profesores pueden influir decisivamente en el comportamiento mutuo entre niñas y niños, pero para ejercer con eficacia ese papel es necesario, previamente, conseguir romper los viejos *tabúes*, que los han arrastrado a la espiral de reprimidos y represores de las omnipresentes e imaginarias impulsiones sexuales en los niños; para lograr la colaboración del profesorado hay que liberarlo antes de esos nefastos demonios nacionales, que han visto exaltar su influencia por la difusión indiscriminada del freudismo como la teoría novísima que vendría a liberarnos de nuestros obsoletos complejos. No se puede esperar demasiado de la coeducación sin una profunda reconsideración de las añejas prevenciones de los profesores, pues no hay que olvidar que el profesorado es factor determinante de la educación.

Se pueden esperar otras ventajas extraordinariamente importantes de la coeducación. Nos es bien conocida la influencia determinante de la madre sobre el hijo (lamentablemente, no puede decirse lo mismo de la influencia del padre sobre las hijas), que genera un afecto avasallador, cierta adhesión del niño hacia madre, que da lugar a veces al tremendo desgarramiento sufrido por el niño cuando acude por primera vez a la escuela. Conviene resaltar que este afecto del niño hacia los padres es muy positivo y beneficioso, ya que potenciará la eficacia del profesor tan pronto como éste haya logrado que el niño lo incluya dentro del ámbito de su afecto; pues, como se ha dicho en el resumen introductorio a la socialización del niño, el afecto generado por los padres en el niño es el testimonio de la confianza y seguridad que ha desarrollado hacia los adultos. Con esta separación de la madre, el niño está sufriendo una grave tensión que puede alargarse peligrosamente, y aunque se atenúe se pueden producir dos procesos; por una parte, que la influencia femenina y afectiva de la madre se quiebre sin continuidad por falta de soportes femeninos,

de la transferencia y objetivación del afecto a las compañeras o a la propia profesora; por otra parte, el niño puede iniciar un proceso de destacar y de entronizar la imagen de la madre en su recuerdo en exclusiva.

Debido al tremendo aislamiento de las familias de clase trabajadora e, incluso, de la pequeña burguesía en las grandes ciudades industriales capitalistas, cuyos niños carecen de ocasiones para conocer y tratar a niñas de su edad, puede resultar peligroso el culto afectivo del niño hacia la madre. El peligro aumenta en la pubertad cuando el muchacho, al descubrir la actividad sexual, se esfuerza en imaginar una mujer como objeto de su deseo y sólo la puede construir con fragmentos de sus recuerdos más vivos, entre los que el de la madre —a la que además, en diversas ocasiones habrá visto desnuda o semidesnuda— es el dominante; si bien al comienzo quiere rechazarlo, ya sea en sueños o tras una fuerte zozobra, puede encontrar cierta satisfacción sexual con tal imagen. Inevitablemente este proceso provocará en el muchacho un trauma de largo alcance, remordimiento y ansiedad, cuya angustia será mucho mayor si es creyente y si se siente en la obligación de confesar cada uno de los pensamientos que ha tenido y el terror experimentado al descubrir que el objeto de su deseo es la madre. Este proceso, que puede conducir a imaginar el acto sexual con la madre, debe ser mucho más frecuente en los adolescentes que no sólo han sido separados de la familia y enviados a internados, sino que además no han podido convivir ni tratar a menudo con niñas de su edad. Como se puede deducir éste es el proceso, mejor aún, el conjunto de condiciones sociales que provocan y mantienen la supuesta y falsa universalidad del «complejo de Edipo».

No es necesario reflexionar mucho para darse cuenta de que se pueden eliminar la

condiciones conducentes al «complejo de Edipo» si las niñas y niños conviven normalmente, viéndose durante años como compañeros de estudios, de juegos y de distracciones. Al llegar a la pubertad los niños no necesitan de viejos fragmentos de recuerdos para construir el objeto para su estimulación sexual, sin gran esfuerzo se les impondrá la imagen de alguna de las compañeras a la que ve y con la que trata todos los días durante varias horas. Esta iniciación sexual imaginaria, que debe darse en la mayoría de los adolescentes evita todas las angustias y temores del «complejo de Edipo». Parece lógico que la coeducación y, aún más, la mayor facilidad de relaciones entre muchachos y muchachas, mediante encuentros personales con propósitos totalmente ajenos de las relaciones sexuales, constituyan al más vigoroso antídoto contra el angustiador «complejo». Fenómeno que en los dos últimos siglos debió aterrorizar a muchos adolescentes con el temor al infierno, aparte de dejarlos traumatizados para el resto de su vida.

Aunque el complejo de Edipo constituya una de las perturbaciones más graves de entre las resultantes por la drástica separación de sexos, son muy importantes las deformaciones, provocadas en el comportamiento, especialmente de los muchachos, por la no convivencia con las niñas y más tarde con las muchachas. Esta separación de sexos debe constituir el mejor caldo de cultivo para el negocio del sexo en sus dos vertientes modernas; como negocio de salvación, base de aflicción y de atribulación para el control de las conciencias y como negocio pornográfico extendido hasta las formas más refinadas, como la de colocar una muchacha en traje de baño o *bikini* al lado de un magnífico automóvil, recalcando la coincidencia de la represión sexual y el negocio en función de atracción publicitaria. La explotación del sexo, directamente o como aliño para tantas y tantas actividades productivas, mercancías y servicios que nada tienen

que ver con él, sufrirán un grave quebranto con la extensión de la coeducación y la desmitificación y esclarecimiento de las relaciones personales entre muchachos y muchachas.

LA LUCHA CONTRA LA COEDUCACIÓN Y EL CONTROL DE LAS CONCIENCIAS

La sociedad española ha sido una sociedad duramente represora; prueba de ello ha sido el desarrollo de fuertes instrumentos de control social, tanto de represión espiritual como física. Aparte de estas dos formas específicas y especializadas de control, que hasta muy recientemente han subsistido y su fuerza todavía es grande en algunas clases sociales, el control social no específico, general y peculiar a todas las sociedades agrarias y feudales, en las que las relaciones personales de subordinación han tenido influencia decisiva. Pero el control social ha sido debilitándose con el crecimiento de la población, especialmente urbana, el desarrollo del comercio y el absentismo de los nobles; estos, atraídos por el brillo de la corte y sus prebendas y, consecuentemente, el crecimiento y consolidación de los mecanismos de control especializados: los ejércitos, los policías, los jueces y las cárceles, y lo que es más ilustrativo, los mecanismos de control espiritual, desarrollados por la Iglesia, especialmente por las órdenes religiosas.

Incluso se puede afirmar, que los medios de represión aumentaron en la medida en que se incrementaba la explotación de la masa trabajadora, sobre todo, la campesina. Cada vez que los nobles terratenientes aumentaban los tributos (los impuestos feudales) esto es, que les exigían la entrega de una proporción mayor de los productos agrícolas cosechados, para acallar las protestas de los labradores, los eclesiásticos intensificaban los sermones sobre las penas del infierno, sobre la brevedad y miserias de la vida, sobre las asechanzas del demonio empeñado en arrastrar a los

hombres a la perdición; exaltaban los aspectos negativos como el dolor y todas las penalidades, los sufrimientos de las enfermedades y de los vaivenes de la vida; predicaron incesantemente contra las pasiones y condenaron irremisiblemente los placeres, especialmente, el placer sexual. A finales del siglo XVII, San Alfonso María de Liguorio descubrió la sexualidad como una fuente fabulosa de perturbación, de angustia y de ansiedad en los hombres; una base segura de control social de las conciencias, pues resultaba difícil escapar a las redes tendidas por el demonio a los hombres para hacerles pecar por medio del sexo; tuvo el acierto de declarar pecado hasta la más ligera insinuación o imaginación del impulso o del apetito sexual, y ¿quién podía librarse de sentir el apetito, el deseo sexual? Resulta imposible evitar pensar en el sexo, pues está en la misma raíz de nuestra existencia. En nuestro país el hambre y la miseria general, el miedo a la muerte, más bien la exaltación de la muerte, las prácticas religiosas ligadas a la muerte, a los novísimos y al ira de Dios ofendido por los pecados de los hombres, era terreno más que abandonado para el desarrollo de la lucha contra el sexo; además todo lo relacionado con él reunía las motivaciones convenientes para emplearlo como instrumento para el control de las conciencias. El confesionario constituyó así un remedio inapreciable para dominar las conciencias de las masas trabajadoras.

La tradición católica nacional estaba bien dispuesta a propugnar la más radical separación de los sexos en todos los ámbitos de la actividad social, y en especial, en la escuela; por eso numerosos líderes políticos y religiosos condenaron radicalmente la coeducación por considerarla como obra diabólica dirigida a corromper a la mujer; en este sentido, el fundador de las falanges castellanas sostenía: «La coeducación o emparejamiento escolar es un crimen ministerial contra las mujeres docentes». La decisión de los ministros de Instrucción de la

Segunda República de establecer la coeducación en las escuelas (en las escuelas de las ciudades, se entiende, porque en los pueblos la escuela mixta era vigente) supuso un motivo más de escándalo para todos los reaccionarios que estaban organizándose para acabar con la República y los leves vestigios de democracia existentes. El triunfo de las fuerzas nacional-católicas restableció la más drástica separación de sexos en las escuelas, en los templos y hasta en algunas playas. Pero, a poco que se reflexione se advertirá que la separación de sexos no era hecho aislado, sino que formaba parte del terrible aparato represivo instaurado al día siguiente de estallar el Movimiento y la Victoria del 1º de abril de 1939. A este aparato represivo contribuyó la Iglesia Católica con un entusiasmo admirable, parecía como si se hubiera abierto la puerta del nuevo Milenio, de una Nueva Edad Media. Así, tras contribuir a la represión inicial, la Iglesia cooperó con inusitada eficacia para montar un formidable aparato de control de las conciencias a través de la separación radical de sexos, los Rosarios de la Aurora, los vía Crucis para aplacar la ira de Dios, los ejercicios espirituales, las misiones en los pueblos, la predicación de los novísimos en los cementerios, las confesiones generales masivas, etc. Parecía que habíamos vuelto a los buenos tiempos de la cristiandad unida anterior a Lutero.

Ahora bien, habría que preguntarse ¿por qué tal intensificación de prácticas religiosas, de carácter masivo, ya desconocidas en los países católicos de Occidente? Primero para imponer a los derrotados por las armas un terror nuevo y adueñarse de sus conciencias, derrotarlos por segunda vez; no sólo vencerlos sino también convencerlos; y en segundo lugar, para enmascarar la explotación a que estaban siendo sometidos los trabajadores españoles, de la que dan testimonio irrefutable los salarios, al precio de los artículos de primera necesidad en el mercado negro, y las cantidades representadas por los racionamientos.

Lo verdaderamente sorprendente, por paradójico, es contemplar las dos caras de la sociedad española de los años cuarenta y cincuenta, por un lado la práctica religiosa masiva llenando plazas y calles de gente atribulada y confundida, aparentemente atemorizada por la ira del Dios del Sinaí, el Dios de los Ejércitos, y por otro lado, el estraperlo más desbordado y una fiebre incontenible de negocios, propia de la fase preparatoria del desarrollo del capitalismo en España.

Después de la Victoria la prohibición de la coeducación no fue radical, sino que afectó solamente a los colegios de la élite (aristocracia, clase media y pequeña burguesía), que ya venían practicando la sepa-

ración de niños y niñas incluso durante la República, y a las escuelas de los centros urbanos para las masas campesinas habitantes de pueblos y aldeas quedaba la escuela mixta a cargo de una maestra. No sólo se practicó, sino que se hizo propaganda contra el matrimonio que era bueno para la clase de tropa, no así para los elegidos; esto era lo lógico en muchos colegios de órdenes religiosas, que utilizaban a las promociones de muchachos y muchachas para reclutar, de entre los más «inteligentes», nuevos miembros para la orden. Numerosos colegios dieron un giro radical y son muchos los que iniciaron la coeducación en Primaria y Secundaria, los mal pensados dicen que para captar o retener la clientela.